

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Saint-Simon y el programa de las sciences de l'homme.

Pablo Nocera.

Cita:

Pablo Nocera (2015). *Saint-Simon y el programa de las sciences de l'homme*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/273>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Saint-Simon y el programa de la *science de l'homme*

Pablo Nocera (UBA)

hcs1_nocera@yahoo.com.ar

Ensortijada en una compleja trama de trabajos previos, no siempre coherentes, Claude-Henri de Rouvroy, Conde de Saint-Simon, delineaba para 1813 una obra (*Mémoire sur le science de l'homme*) en la que se proponía una síntesis de saberes vigentes y que colocaba como cenit del pensamiento de su época, a saber, la conjunción de los descubrimientos de Condorcet, Vicq-d'Azyr, Cabanis y Bichat. Una mirada de conjunto delineada por la matriz de la fisiología que había empapado la aproximación de los *idéologues* –tal como Napoleón los bautizaría—se vinculaba, en estos referentes, con una concepción de la historia en términos de progreso del género humano. En esa esperanzadora perspectiva, Saint-Simon realiza una curiosa y sugerente apropiación de aquellas posiciones con la finalidad de pensar las ciencias del hombre en una perspectiva cuyo punto de partida es la sociedad y no el individuo. En este contexto, la ponencia se propone: a) analizar la transposición saintsimoniana de la fisiología como matriz para el estudio de la sociedad; b) identificar los usos de las nociones de «cuerpo» y «organización», circunscribiendo a partir de ello, c) las condiciones de posibilidad de la matriz discursiva del naciente socialismo que varios de sus directos herederos forjarán.

cuerpo – organización – science de l'homme – fisiología - socialismo

And as the science of man is the only solid foundation for the other sciences, so the only solid foundation we can give to this science itself must be laid on experience and observation.

David Hume

Introducción

El devenir inestable de la prosa saintsimoniana, atado a innumerables circunstancias de coyuntura y a no menos atractivos acontecimientos que pueblan su sugerente biografía, le otorgó a sus formulaciones una complejidad considerable en términos de continuidad, coherencia y originalidad. Saint-Simon fue forjando, con la intención de integrar tradiciones previas, una serie de aportes teóricos que, bajo ribetes a menudo megalómanos, abordó en una multiplicidad de tópicos que desde la física a la fisiología social, pasando por las preocupaciones de la sociedad industrial, terminaron dándole en su producción, una plaza al problema religioso en términos de un «nuevo cristianismo». Estas mismas complejidades son las que hicieron que lectores posteriores adoptaran criterios disímiles, a la hora de tomar sus escritos en conjunto, justipreciando de forma muy diferente el tenor y trascendencia de sus aportes. Más aún, si a eso se suma la oscilante posición ideológica del conde de Saint-Simon, frente a los procesos revolucionarios y restauradores en Francia, aledaño a la íntima y conjunta labor desarrollada con sus secretarios, Agustin Thierry, Auguste Comte y Olinde Rodrigues.

Advertir esa complejidad y las consecuencias que ella tuvo en la recepción y análisis de su obra no es un ejercicio menor. En particular nos referimos a cierta supremacía que continuadores habrían depositado sobre todo en los trabajos dedicados a la industria y sus adyacencias, en detrimento de los difundidos en la época imperial. Justamente si tomáramos el fin del I Imperio napoleónico como punto cronológico de referencia, nos topamos con un gradual desplazamiento por parte del autor, hacia intereses más próximos a la teoría política, a la sociedad industrial, a las clases sociales y al cristianismo. Sin embargo, las obras previas nos ofrecen un singular conjunto de perspectivas para pensar la manera en que el Conde de Saint-Simon desarrolló un paulatino desplazamiento para darle a las *sciences de l'homme* una orientación que luego habría de fijar las bases de la futura sociología, al menos, en lo que a su bosquejo refiere, por parte de su discípulo y luego adversario Auguste Comte.

Al interior de ese primer período de la producción saintsimoniana se muestra, a su vez, un desplazamiento conceptual en el que se hace palpable un abandono progresivo de los abordajes en clave fisicalista (*i.e.* ley gravitatoria) como marco de referencia para explicar de forma integral todos los desarrollos de la naturaleza, incluyendo la sociedad, para comenzar luego a darle un lugar protagónico a la fisiología, y en particular, a la constante distinción entre *cuerpos brutos* y *cuerpos organizados*, que más adelante habremos de comentar. Una veloz mirada de conjunto podría hacernos pensar que ese movimiento responde a una cierta ruptura entre la primacía de un paradigma como el de la física, con un consecuente pasaje al de la medicina. Sin embargo, una mirada más detenida permite advertir que el desplazamiento de Saint-Simon no es necesariamente un movimiento que consuma el paso de un modelo maquínico para pensar las realidades humanas, a otro de tipo organicista. Para poder desplegar esta línea de lectura se hace necesario en primer lugar, reponer, aunque más no sea en términos sinópticos, el derrotero conceptual de la noción de *science de l'homme* en la Francia del cambio de siglo XVIII. En segundo lugar, tomando como referencia de contexto las exégesis previas, advertir que el programa esbozado en la *Mémoire sur la science de l'homme*, constituye, antes que una ruptura que diera lugar a una nueva problemática de tipo sociológica, más bien un momento en que el discurso de Saint-Simon oficia como un catalizador de tradiciones previas, cuya peculiaridad se inscribe en la posibilidad de ofrecer una relectura de las primeras consecuencias de la Gran Revolución, cuyos corolarios más difíciles ya se encuentran, por entonces, a la vista. En ese contexto, el posicionamiento saintsimoniano advierte un balance sobre el vínculo entre ciencia y acción que comienza a

revisar las condiciones de posibilidad de los futuros proyectos políticos, si pretenden desplegarse por fuera de una vocación positiva.

Breve seguimiento de los derroteros del sintagma *science de l'homme* en el siglo XVIII.

El período de la Ilustración, en sus diversas expresiones nacionales, puso en evidencia una particular reflexión sobre el vínculo entre hombre y naturaleza augurando nuevos horizontes de estudios hasta entonces impensados. La estela de los descubrimientos de Newton no sólo marcó la redefinición de una concepción general del cosmos, sino que sus propios hallazgos tornaron posible la idea de que el hombre pudiera someterse, como el resto de los cuerpos, a un estudio de similares características. Esa inclusión del hombre en el mismo horizonte de estudios de la naturaleza mostró, en el marco del proyecto de la *Encyclopédie*, que era factible expandir el conocimiento técnico hasta la naturaleza humana, dándole a la ciencia del hombre la confianza de poder superar las limitaciones naturales y desarrollar, en consecuencia, un camino de progreso.

Un impulso de similar trascendencia logró el empirismo de Locke, cuya fuerza se hizo sentir de forma contundente en Francia. Probablemente gracias a la mediación de Condillac – radicalizando, incluso, las posturas de su contraparte inglés—llegaron a expandirse y a ofrecer aportes de peso entre los *philosophes*. Claude Helvétius es una referencia inevitable en ese contexto, por el haz de conclusiones que presenta en su obra póstuma *De l'homme* (1773). En pocas palabras, los principios empiristas y sensualistas se hacen carne en el cuestionamiento de la relación entre las dos «sustancias» que conforman la naturaleza humana, poniendo en entredicho las maneras en que se organizan las formas de conocimiento tradicional. La idea de una ciencia del hombre en Helvétius supone, claro está, también la indagación sobre las facultades del entendimiento, sus operaciones y funcionamiento, con sus desbordes en el plano de la voluntad y de la moral, pero con la peculiaridad de que el conocimiento propuesto ahora supone, más explícitamente, una vinculación estrecha con la organización fisiológica (i.e. *sensibilidad física*). La conjunción inseparable de la dimensión intelectual y la dimensión física se vuelve central, torciendo y modificando las condiciones metodológicas que median el acercamiento al ser humano. El programa propuesto por Helvétius tiene por finalidad lograr conformar, sobre esos saberes, una «ciencia del gobierno» que permita apuntalar por vía de una mejor comprensión, cuáles serían los fundamentos de la organización de la vida en sociedad, así como el perfeccionamiento que cabe esperar del hombre viviendo en colectividad. Es el arco amplio de las instituciones sociales (políticas, económicas, sociales,

religiosas, administrativas y educativas) cuyos orígenes y desarrollo es necesario conocer, el que permitiría indagar en los impactos y transformaciones que ellas tienen en la dimensión física y moral de los individuos en la historia. Sin embargo, desde las propias filas de los autores de la *Encyclopédie*, Diderot advierte el peligro del programa de Helvétius de reducir al hombre a una mera sensibilidad física, en la que las propias facultades humanas quedaban reducidas a la proyección de un simplismo geométrico de base materialista, claramente reduccionista (Bourdin, 2006: 169).

La oposición al reduccionismo materialista que inspira una de las líneas iniciales de la *science de l'homme* tuvo en la medicina de la escuela de Montpellier otro aporte fundamental. En este epicentro de las tradiciones vitalistas en medicina, Paul-Joseph Barthez dará a la imprenta los *Nouveaux éléments de la science de l'homme* (1778), trabajo en el cual se intenta fijar las bases de una aproximación al conocimiento biológico del hombre, que no suponga la reducción materialista como habían consumado los referentes de la iatromecánica, extrapolando los principios de la física, la química, la mecánica y la dinámica al fenómeno de la vida (Williams, 1994: 29). Aunque el llamado «principio vital» resulta desconocido en su funcionamiento específico, en su esencia —y se deja muy claro, no obstante, que no guarda ninguna relación con la idea de alma—, su apelación es fundamental para reconocer la especificidad de la vida, por sobre el funcionamiento de la materia. Sucintamente: «[...] la ciencia del hombre es esencialmente el conocimiento de las leyes que sigue el principio de la vida en el cuerpo humano» (Barthez, 1806: 35). Así explicitada, la ciencia del hombre funciona para Barthez como un saber que, englobando a la medicina, permite en términos antropológicos ubicar al hombre, en su especificidad, en el concierto más amplio del conocimiento del universo. Aunque los fenómenos vitales tienen una indubitable dependencia de las formas muertas de la materia, el orden de la vida es una realidad original, sin que ello deba recaer en un apoyo metafísico. Los aportes de médicos y anatomistas ingresan así, al universo de preocupaciones filosóficas con evidentes horizontes prácticos.

El vitalismo de Montpellier abre un sendero que se expande a la tradición de los *idéologues*. Con el lastre de la empresa de la *Encyclopédie* a cuestas, los referentes de la *idéologie*, con Cabanis y Destutt de Tracy a la cabeza, se abocaron a pensar una trama integradora de saberes que aportara algo más que una mera acumulación enciclopédica. La ideología fue esa matriz rectora que, como una teoría unitaria del conocimiento, intentó forjar un lenguaje que planteara una ciencia unificadora para el estudio del hombre. En otras palabras, bajo el cobijo del empirismo de Condillac, la escuela de la *idéologie* intentó también

desprenderse de las preocupaciones metafísicas por las esencias, transmutando la especulación en un abordaje de corte materialista, pero consumando un desplazamiento fundamental: el reemplazo progresivo del dualismo ontológico del *âme-corps* por la dupla *physique-moral*.

Para 1795 la Convención del Termidor había creado el Instituto Nacional cuya finalidad era reemplazar la trama de academias previas a la Revolución, imponiendo un conjunto de instituciones subordinadas, en el que las Escuelas Normales y Centrales darían vida al motivo ilustrado de obligatoriedad y gratuidad de la educación, dejando atrás la matriz de los *collèges* del antiguo orden. El decreto orgánico de Instrucción Pública que dio origen al Instituto declaraba su pertenencia a la República, su ubicación en París, y le daba como metas a seguir, las siguientes: 1) perfeccionar las ciencias y las artes a través de la investigación continua, cuyos descubrimientos debían ser publicados 2) los trabajos científicos y literarios tendrían por finalidad la utilidad general y la gloria de la República (Leterrier, 1995:6). Con este objetivo en ciernes, el Instituto se organizaría en torno a tres *classes*, cada una de las cuales contaría con varias secciones. La primera de ellas estaba dedicada a las ciencias físicas y las matemáticas, la cual comprendía diez secciones con ciento veinte miembros. La segunda clase estaba dedicada a las *ciencias morales y políticas*, compuesta por seis secciones con seis miembros cada una: análisis de las sensaciones y de las ideas, moral, ciencia social y legislación, economía política, historia y geografía. Finalmente, la tercera de ellas era la de literatura y bellas artes que contaría con ocho secciones y ochenta y seis miembros.

La *Deuxième Classe* de Moral y Ciencias Políticas se conformó como una rama central de la nueva institución. Con ello se proponía dar cabida a las aspiraciones de *les philosophes*, los cuales buscaban dar forma a un conjunto de saberes cuyos objetos de abordaje científico eran el hombre y la sociedad. En general, se ha asumido que el grupo de médicos y filósofos, conocidos luego como ideologistas (ideólogos) habrían dominado la *Deuxième Classe* (DC), tratando de expandir su visión tanto empirista como monista en términos gnoseológicos, así como liberal en términos políticos. Ese protagonismo que detentaron fue en gran medida el responsable de la disolución en 1803 de la DC por expreso pedido de Napoleón Bonaparte. Sin embargo, esa disolución no supuso la desaparición del Instituto, sino su reorganización, lo cual, no obstante, produjo la expulsión de varias de las disciplinas de DC, haciendo que las ciencias sociales en Francia debieran aguardar más de una generación, para obtener un reconocimiento oficial desde el Estado (Staum, 1980b:372).

El imperativo de un cambio intelectual implicó un nuevo abordaje de problemáticas teóricas, buscando ahora consolidar una aproximación científica y con ello separar la reflexión del formato especulativo de la metafísica. Se pueden identificar tres áreas en las cuales la DC se orientó a proyectar ese ideal de ciencia: a) la ética, desde la cual un desarrollo racionalista podía cuestionar la autoridad única de la Iglesia; b) la historia, cuya comprensión requería un andamiaje filosófico y erudito como proclamaba Condorcet, c) la geografía, la cual integrando los estudios topográficos y climáticos podía oficiar como un amplio respaldo a las *science de l'homme*. Sin embargo, a estos campos que contaban con un desarrollo previo se sumaron nuevos en los cuales se destacaron particularmente los ideologistas. El primero de ellos fue el de la ciencia social y legislación, cuyos desarrollos en torno al derecho natural, público e internacional parecían continuar con las trazas planteadas por Montesquieu. El segundo campo fue la economía política y finalmente el dedicado al *análisis de las sensaciones y las ideas*, dominio en el que confluía una psicología de tipo fisiológica y racionalista, junto con problemas epistemológicos y lógicos (Staum, 1980b:372).

La sección dedicada al análisis de las ideas y de las sensaciones fue el bastión de la Ideología quien encontró entre sus miembros más destacados a Volney, Cabanis y Destutt de Tracy. Esta tríada compartió junto con otros referentes, cuatro características fundamentales que los identificó como grupo. En primer lugar, todos ellos publicaron una obra central en el ámbito de la Ideología orientada a cuestiones éticas, políticas o económicas. Participaron de manera asidua en los salones de Madame Helvétius o Madame Condorcet, fueron miembros o colaboradores frecuentes del periódico *Décade Philosophique*, a la vez que actuaron sobre la base de moderadas convicciones republicanas luego de 1794 y más tarde declararon su oposición a Bonaparte después de 1801 (Staum, 1980a:4-5).

En el sucinto recorrido que aquí planteamos, es Cabanis quien, paradigmáticamente, desde las filas de la *idéologie*, consume ese viraje por sobre el materialismo reduccionista de Helvétius. Aunque les reconoció a Locke, a Condillac, a Bonnet y a aquél, el haber revelado que detrás de las ideas se encuentran las sensaciones, a su juicio, no plantearon una solución aceptable a cómo esas sensaciones se transforman en ideas. La solución de Cabanis no deja de ser sorprendente: el cerebro digiere las impresiones y a partir de ellos «secreta» el pensamiento. Más allá de cuestionar en qué términos se plantea la pretendida superación, la línea que sigue Cabanis, tiene para nosotros gran importancia, no sólo por lo que será la propia referencia explícita de Saint-Simon, sino por el hecho de plantear bajo el amparo de una misma ciencia, saberes divididos hasta entonces. En su *Rapports du physique et du moral*

de l'homme (1802) afirma: «[...] la fisiología, el análisis de las ideas y la moral, no son más que las tres ramas de una misma ciencia, que a justo título se puede llamar, la *science de l'homme*.» (Cabanis, 1805: 7). Los años próximos darán paulatina cabida al concepto de antropología, cuyo uso y circulación en el campo médico alemán tiene más de una centuria, tomando el lugar del de *science de l'homme*. Sin embargo como vocablo, su perdurabilidad no se hará visible hasta bien entrados los años '20, aunque su consideración como paradigma decaerá con la llegada del Imperio.

En el seno de la escuela de la ideología, el sintagma *science de l'homme* no siempre se estabilizó en un uso unívoco. Comparte apariciones con otros como «*science sociale*», «*industrie sociale*», «*organisation sociale*» e incluso el que popularizarán los fisiócratas y con ellos Sièyes, «*art sociale*». En rigor, parte de esa copresencia es en buena medida el resultado de los desarrollos de las distintas ramas que organizó el Instituto Nacional. No es casual que muchas veces esa diversidad estuviera amalgamada en la expresión *sciences morales et politiques*. Tal como nos lo recuerda Keith Baker, debemos a Condorcet, en ese contexto, el aporte de la noción de *sciences sociales* (Baker, 1964). En las huellas de la prosa de este último, Saint-Simon encontrará varios motivos que habrá de conjugar con los referentes del saber médico, para dar forma a un programa científico (i.e. positivo) de la llamada *ciencia del hombre*.

Pensar la lógica de la organización

Los primeros desarrollos saintsimonianos se despliegan a partir del éxito del paradigma newtoniano. En la línea de su coterráneo Laplace, Saint-Simon reconoce los aportes de la física y la tentación de extender su modelo integral de comprensión de la naturaleza a los fenómenos sociales. Sin embargo, la diferencia esencial que requiere una revisión, y por ende, una labor de extensión y complejización deviene de la distinción que requieren los diferentes órdenes de realidad que la naturaleza expresa. En particular nos referimos a la distinción que el autor presenta entre los «*corps bruts*» y los «*corps organisés*». Esa diferenciación central oficiará como un eje rector de las indagaciones relativas y específicas de la *science de l'homme*. Desde temprano se puede rastrear en sus escritos como preocupación, la necesidad de salvar esa distinción, al punto que en las *Lettres d'un habitant de Genève* afirma: «Mis amigos, somos cuerpos organizados. Considerando como fenómenos fisiológicos nuestras relaciones sociales he concebido el proyecto que les presento, y es por consideraciones extraídas del sistema que empleo para ligar los hechos fisiológicos que voy a demostrar el que

el proyecto que les presento es bueno». (Saint-Simon OC1: 118). La contundencia de esta aparición no justifica, no obstante, que el autor tuviera para entonces (1802-1803) claridad suficiente, sobre qué peculiaridades orientan la labor del fisiólogo a la hora de aplicar sus saberes al campo de la sociedad. Para entonces Saint-Simon podía despuntar las intuiciones que el contacto con las tradiciones médicas, antes referidas, podían suponer. La complejidad de los fenómenos naturales requiere una matriz de conocimiento que pueda dar cuenta de ciertos niveles de interdependencia, complejidad y por ende, de jerarquía, que no se hallan en los seres sin vida, frente a los cuales, los seres humanos son su expresión más compleja. Si el fisicalismo newtoniano y de sus epígonos aportó una grilla de conocimiento para descomponer analíticamente el cosmos como un gran mecanismo, un orden de realidad diferente obliga a repensar su legado, en lo fundamental, cuando nos topamos con los fenómenos que suponen diversas formas de «organización».

La problemática que Saint-Simon estaba desarrollando podría pensársela enmarcada en las mismas perspectivas que la DC había desplegado bajo la égida de los *idéologues*. La ausencia de referencias conceptuales explícitas en términos de *sciences morales et politiques* tal vez se pueda explicar por la vigencia, por entonces, del decreto napoleónico (27 Ventôse año XI) que había terminado suprimiendo el último reducto de miembros críticos del *Institut Nationale*. Sin embargo, los intereses saintsimonianos se mantienen firmes e insisten, en dos obras posteriores, en llamar la atención a sus contemporáneos para dar forma a una mirada fisiológica que ponga el foco en los cuerpos organizados. En 1807 publica la *Introduction aux travaux scientifique du XIX^e* y las *Lettres au Bureau des Longitudes* que no lograrán movilizar la atención de los medios intelectuales franceses. Sin embargo, puede ser de utilidad concentrarse en algunas referencias contenidas en esas obras para advertir cuál es el ideal científico que hará las veces de espacio contenedor al desarrollo de la *physiologie sociale*.

Los intereses saintsimonianos durante el Imperio se abocaron a desarrollar una mirada científica que evitara los consabidos errores de la perspectiva teológica y los límites de la especulación filosófica. En particular, la abstracción metafísica de los referentes teóricos de la Gran Revolución aparece como el foco más visible de sus preocupaciones críticas. La contundencia de los logros de la física le servirán para delinear esa tarea. En la *Introduction (Tome 1)* Saint-Simon aporta una primera aproximación distinguiendo la finalidad que persiguen los *naturalistas* y los *físicos*: «Se le da el nombre de *naturalistas* a aquellos que basan sus consideraciones en base al examen de las primeras apariencias. Se llama *físicos* a aquellos que se esfuerzan por descubrir el mecanismo de los fenómenos» (Saint-Simon OC1:

294). Esa distinción capital advierte al lector que en el largo recorrido propuesto por el autor en la obra, en la que se evalúan los aportes de Newton, Lagrange, Laplace, Locke, Condillac, Lineo, Condorcet y otros, se reconoce que la física es una aproximación del conocimiento que nuclea en lo fundamental, los aspectos cruciales del proceder científico, a saber, la observación y la experimentación. Sin que ello sea óbice para reconocer la especificidad que pueden adquirir los distintos objetos de conocimiento, que en ese amplio margen se constituyen, la física condensa una ruptura en la manera de abordar el estudio de la naturaleza, entendida esta última, en sentido amplio.

No es casual que en la interpelación a sus antecesores sobre la base de la distinción de cuerpos brutos y cuerpos organizados, vea en Locke un cultor de esa diferencia, mientras critica a Condorcet y Condillac por haberse dedicado sólo a las cuestiones morales y de método. A estos últimos les achaca no haber estudiado anatomía, ni física: «su ignorancia sobre aspectos esenciales de la física de los cuerpos organizados ha sido la causa de los errores capitales que uno y otro han cometido» (Saint-Simon OC1: 296). Adviértase que la física de los cuerpos organizados (lo que claramente luego ocupará el lugar de la fisiología) supone sólo una rama dentro de la física, disciplina en la que en esa misma obra alude, homologándola con la ciencia propiamente dicha: «Ahora bien, los principios teológicos y los principios de la física son evidentemente opuestos, puesto que unos están basados sobre ideas reveladas e inspiradas, mientras que los otros están fundados sobre los conocimientos adquiridos, y que no son otra cosa que observaciones generalizadas» (Saint-Simon OC1: 296). Sobre esta base el autor explicita en las *Lettres au Bureau des Longitudes* cuáles son las operaciones fundamentales que caracterizan los trabajos científicos: «[...] *buscar los hechos, razonar sobre los hechos*» (Saint-Simon OC1: 323 – itálica original). Pues bien, dar cuenta de los hechos no es una operación sencilla. Por lo menos la historia previa de los pensadores que el conde revisa, advierte al lector que una distinción fundamental subyace y que debe ser explicitada: se trata de la distinción entre los «sólidos» y los «fluidos».

La preocupación saintsimoniana por efectuar una distinción entre los «sólidos» y los «fluidos» apunta en lo sustancial, a fijar un punto de diferencia, pero también de continuidad, entre los desarrollos de la física y las proyecciones más complejas que demandan las existencias naturales que demuestran un mayor nivel de agregación de la materia. Reivindicando a Descartes y a Newton, Saint-Simon se propone superar la oposición entre «*solidiciens*» y «*fluidiciens*», reconociendo el carácter fundamental del abordaje físico de la naturaleza, pero su insuficiencia para dar cuenta de los procesos de organización. La

perspectiva que defienden los *fluidiciens* permite pensar los niveles de mayor complejidad (i.e. organización) de lo viviente, su formación y conservación, que en lo esencial diverge de la concepción mecanicista de los *solidiciens*. Esa divergencia fundamental se expresa en la manera en que se constituyen los *cuerpos organizados*. El bosquejo de esa ontología de la naturaleza permite incluir, a partir de los fluidos, una explicación de las formas complejas sin tener que pensar dos órdenes de la naturaleza distintos: «No existen dos órdenes de cosas, no hay más que uno: es el orden físico. Los fenómenos se dividen en dos clases: los fenómenos sólidos y los fenómenos fluidos» (Saint-Simon OC1: 378). Los cuerpos organizados no dejan de ser cuerpos y, en consecuencia, no dejan de ser objetos de estudio de la física, sólo que en tanto demuestran una jerarquía, diferencia y dinámica producto de la organización, su estudio requiere una forma especializada para enfocar correctamente su abordaje. Esa forma particular de estudio es la *fisiología*. La vida, que el correr de los fluidos ejemplifica, es la diferencia específica que justifica la peculiaridad de su forma de estudio. Asimismo, esa misma peculiaridad será la responsable de justificar las *relaciones entre lo físico y lo moral*. Como ilustración concisa de ese vínculo, Saint-Simon llega a plantear: «El pensamiento es una acción material: es un resultado del movimiento del fluido nervioso» (Saint-Simon OC1: 378). A pesar de las limitaciones evidentes de la ontología de la naturaleza que despliega nuestro autor, ello no es impedimento para pensar que habilita a reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de una ciencia que busca comprender también los fenómenos morales.

El programa de una fisiología aplicable a lo social se habrá de bosquejar en la *Mémoire sur la science de l'homme* (1813). En este trabajo, el conde reclama la extensión de la lógica positiva de otras ciencias a la naciente disciplina de los cuerpos organizados: «[...] la fisiología, de la cual forma parte la ciencia del hombre, será tratada con el método adoptado por otras ciencias físicas, y será introducida en la instrucción pública luego de haberse vuelto positiva» (Saint-Simon OC2: 1075). Es momento de que la fisiología se apoye en los hechos observados y discutidos, de manera tal que pueda ofrecer un fundamento, como sistema de ideas, a la religión, a la moral, a la instrucción pública y la política en general. Ese mismo respaldo permitirá efectuar una reorganización de los fundamentos morales de la sociedad. La política como ciencia positiva se vuelve el correlato último de la fisiología aplicada a la sociedad. No es casual que en estos términos Saint-Simon reclame los aportes bases de Vicq d'Azir, Bichat, Condorcet y Cabanis. Los dos primeros eran reconocidos médicos, el tercero fue un referente crucial de la reflexión sobre la historia del espíritu humano y el último fue el

más político de los médico-filósofos del núcleo de los *idéologues*. De los cuatro, Condorcet fue quien más críticas cosecha, por la ausencia en sus reflexiones de una perspectiva fisiológica. Su «matemática social» (formas de cálculo del consenso) no permite contemplar la complejidad de los cuerpos organizados, lo que hace que termine por ofrecer una perspectiva muy limitada del funcionamiento de la sociedad.

Si la fisiología de la sociedad pretende imponerse efectivamente como una ciencia deberá proceder sobre la base de comparaciones: entre los cuerpos brutos y los cuerpos organizados, entre los diferentes cuerpos organizados, entre los hombres y el resto de los animales, y finalmente, entre los distintos progresos del espíritu humano (Saint-Simon OC2: 1153-1154). Con ello el autor expone la manera en que los niveles de organización adquieren visibilidad en la naturaleza, haciendo posible pensar que de la física de los cuerpos brutos se puede llegar a la fisiología social. Esa continuidad –en rigor, nada más que bosquejada— demuestra, no obstante, que la organización social aparece como la cima del desarrollo de la perfectibilidad humana. El hombre va conformando a lo largo de ese trayecto evolutivo un sistema de instituciones que lo habilita a prolongar su organización puramente individual a una escala social (Saint-Simon inicialmente la llamará general). Ese andamiaje institucional que progresivamente se va forjando con el paso de los siglos es descrito por el conde en términos muy similares a los que había planteado con antelación Condorcet. A grandes rasgos, la historia de la humanidad muestra que un recorrido que desde los tiempos de la idolatría, pasando por el politeísmo para llegar luego al deísmo, concluye con el fisicismo, época cuya realidad Saint-Simon ya palpa en el presente, y en la cual la creencia de la humanidad se deposita sobre la posibilidad de conocer, a partir de una ley única, la totalidad del universo.

Con estos abordajes, Saint-Simon cree poder ensamblar lo mejor de los aportes de los cuatro autores referidos, a partir del despliegue de tres programas de investigación que podrían sostener efectivamente una *science de l'homme*. El primero de ellos refiere al análisis de la organización, empresa que sería desarrollada con rigor por los fisiólogos en relación estrictamente con el hombre en el plano individual (sobre los aportes primarios de Vicq d'Azir y Bichat). En segundo término, un cierto tipo de investigación histórica que implicaría la continuación del programa desarrollado incipientemente por Condorcet. Finalmente un tercer tipo de investigación que supondría la indagación de las relaciones entre el plano fisiológico del quehacer humano en correspondencia con las manifestaciones de orden teórico y práctico. Este último caso había comenzado a desplegarse con Cabanis a partir de su *Rapports du physique et du moral de l'homme*.

El reconocimiento de un principio de organización de las sociedades supone advertir la especificidad de las prácticas que estructuran, justamente, la vida de sus miembros. En la misma *Lettres d'un habitant de Genève*, Saint-Simon esbozaba la comprensión de ese principio, y lo vinculaba íntimamente a la condición del trabajo: «Todos los hombres trabajarán. Se verán todos como obreros asociados a un taller cuyos trabajos tendrán por objetivo unir la inteligencia humana[...]» (Saint-Simon OC1: 118). El trabajo es la actividad que define no sólo la peculiaridad del funcionamiento específico del hombre, en su rol activo frente a la naturaleza, sino que también se corresponde con la forma en que se plasma la organización social, es decir, la acción en la que cada individuo se encuentra en relación con sus congéneres, mediando sus formas sociales de división. Justamente en la *Mémoire* afirmará en relación a la comparación de los cuerpos brutos y organizados: «[...] el resultado de esta comparación: demostración de que los efectos producidos por los cuerpos brutos y la acción de los cuerpos organizados sobre lo que es exterior, son proporcionados al grado de perfección de la estructura de unos y de otros» (Saint-Simon OC2: 1161).

La mayor complejidad de un cuerpo se expresa en su activa relación con el exterior. El trabajo es la muestra palmaria que define tanto la complejidad del individuo como la de la sociedad. Si pensamos en esta doble perspectiva el trabajo (todavía presentada de forma muy incipiente en los escritos previos a 1814) Saint-Simon nos induce a pensar que la organización se refiere precisamente a la forma en que la actividad laboral se corresponde entre el plano individual y el plano grupal. La organización de la sociedad supondría, en estos términos, un orden político adecuado como «una ruta adecuada entre el interés particular y el interés general» (Saint-Simon OC1: 118 nota b). Nuestro autor a menudo hablará de la necesidad de lograr una adecuada «concertación de intereses». Esa meta se lograría si los intereses se enderezaran, no sólo en el plano estricto de lo público, como ideales generales, como cierto ideario republicano clamaba por reconstruir, ni sólo en el plano privado, como el liberalismo económico podía pregonar. En rigor, esa ruta adecuada se podría alcanzar con una buena organización del «taller social». Es lógico, en consecuencia, que el trabajo como principio vertebrador del funcionamiento social orientará a partir de los años 1814-1815 sus reflexiones con respecto al funcionamiento de la industria y sus vínculos con la política y la ciencia. Como se puede advertir, si la ciencia del hombre es una ciencia abocada a pensar la fisiología en su doble dimensión, tanto individual como social, sus resultados mostrarán que ya no es necesario pensar una revolución política para transformar el estado de cosas. Alcanza con profundizar la revolución industrial que atraviesa desde hace tiempo a buena parte de Europa.

Ahora bien, los primeros resultados de esa revolución en lo económico no permiten pensar, con las tradiciones escocesas (Smith-Ferguson), que con la sola armonía de intereses (mano invisible) o simpatía inmediata entre los individuos alcanza para estabilizar el orden social. Sólo la organización del trabajo a escala social, fundada sobre precisos conocimientos científicos (fisiológicos) puede colocar un punto de equilibrio entre los intereses individuales y el interés general. En ello cifrará sus esperanzas de cara a pensar una reorganización de Europa, para lo que diseñará varios programas de funcionamiento para un sistema industrial.

A manera de conclusión

La matriz de la que se vale Saint-Simon para el desarrollo de la *physiologie sociale* anotica al lector actual sobre un viraje fundamental que comienza a gestarse, no casualmente, con el cambio de siglo XVIII y los límites que empieza a ser visible el programa de la Gran Revolución. La ciencia del hombre ya no puede quedar reducida al horizonte especulativo de una ciencia de la legislación, donde la racionalidad individual se proyecta a escala social como resultado de un acuerdo entre partes. En otras palabras, las limitaciones del contractualismo, incluso de las vertientes rousseauianas, muestran las dificultades que entraña pensar un orden social que hace pie en la idea de igualdad. La indagación saintsimoniana replica varios lugares comunes del saber de la medicina de época, pero creemos, no con la intención de suministrar, analogía mediante, una transposición lineal del organicismo de las ciencias de la naturaleza. De hecho, el seguimiento superficial de la noción de organización que Saint-Simon hace sobre los usos de Lamarck y Cuvier, demuestran que la importancia no reside en la reposición de la semántica propia de esos discursos, sino en reconocer que los procesos sociales tienen formas complejas de estructuración, pero sobre todo, pensar que la diferencias y jerarquías que esa complejidad trae aparejada, no es necesariamente sinónimo de conflicto. La mirada de nuestro autor es un eslabón crucial en el intento por repensar el legado político moderno del siglo XVIII, involucrando una reflexión en la que la ciencia del hombre no será sino una ciencia de la sociedad. El conocimiento científico de la organización social puede ofrecer un universo de certezas que enmarcan las condiciones de posibilidad del desarrollo individual. En otras palabras, dar cuenta de un esquema de interdependencias, en el que la posición/función que desempeña el individuo permite coordinar su labor con la de otros, justifica porqué razón nuestro autor se inclina a pensar que buena parte de la organización de las sociedades modernas está fijada por una actividad fundamental: el trabajo. Por esa razón Saint-Simon recurrentemente plantea que los

avances en los conocimientos que este saber positivo alcance, deberá administrarse en las distintas formas del proceso educativo. La pedagogía que acompaña como proceso posterior al desarrollo científico replica mucho del ideario de la Ilustración. Sin embargo, la diferencia estriba en que ese conocimiento, a fin de cuentas, la conciencia del lugar que cada uno ocupa en el tejido social, se halla en vínculo íntimo con el desarrollo de las formas materiales de producción. Aunque el recorte aquí efectuado se ha detenido en sus obras hasta 1813, muchos de los trabajos posteriores se afanan en caracterizar y explicar la peculiaridad y novedad de los procesos industriales modernos. La realidad de la industria fascina a Saint-Simon por el hecho que redefine por completo la lógica de la política. La división del trabajo es un eje ordenador de la tan mentada organización social y sobre su armónico funcionamiento, el edificio social no sólo produce riqueza, sino que justifica las diferencias y administra el orden sin mayor conflictividad. En ese suelo fecundo, no resulta una casualidad que los programas iniciales de la sociología se gesten al calor de la herencia de uno de sus discípulos directos como fue Auguste Comte. A diferencia de este último, bajo banderas y horizontes políticos opuestos, los primeros socialistas franceses también reclamaron su linaje y legado.

Bibliografía:

- Baker, K. (1964) The early history of the term 'social science', *Annals of Science*, 20:211-226.
- Barthez, P. J. (1806) *Nouveaux éléments de la science de l'homme*, Paris.
- Bourdin, J.-C. (2006) *Helvetius, l'idée d'une science de l'homme et la politique*, en Audidière, S. – Bourfin, J.-C. – Lardic, J.-M. – Markovits, F. – Zarka, Y.- Ch. (2006) *Matérialistes français du XVIII^e siècle*, Paris, PUF.
- Cabanis, P.-J. (1805) *Rapports du physique et du moral de l'homme*, Tome I, Paris, Charpentier.
- Leterrier, S.-A. (1995) *L'institution des sciences morales (1795-1850)*, Paris, L'Harmattan.
- Saint-Simon, H (2012) *Œuvres complètes*. Tome 1, Paris, PUF (OC1)
- Saint-Simon, H (2012) *Œuvres complètes*. Tome 2, Paris, PUF (OC2)
- Staum, M. (1980a) *Cabanis. Enlightenment and Medical Philosophy in the French Revolution*, New Jersey, Princeton University Press.
- Staum, M. (1980b) The Class of Moral and Political Sciences, 1795-1803, *French Historical Studies*, 11 (3): 371-397.
- Williams, E. (1994) *The physical and the moral*, Cambridge, Cambridge University Press.